

Marruecos antiguo: nuevas perspectivas.

Por M. TARRADELL.

I. Propósito.

Cuando en cualquier campo en que se investigue los nuevos descubrimientos se suceden con rapidez, y a consecuencia de ello va cambiando, con nuevas directrices y rectificaciones, los conocimientos y opiniones previas, parece oportuno dedicar unos momentos, de vez en cuando, a establecer un balance y meditar sobre lo conseguido. Ello tiene la ventaja, además, de poder ofrecer a los interesados en el tema que no están en contacto directo con el campo concreto de la investigación aludida, un esbozo del estado actual de la cuestión que puede serles útil mientras se preparan los estudios monográficos convenientes, los cuales no siempre pueden aparecer con rapidez.

Por tal razón, desde que nos hicimos cargo de la dirección de las excavaciones en el Protectorado de Marruecos, hemos procurado periódicamente, cuando la ocasión se ha presentado, dar a conocer en rápidas pinceladas los avances obtenidos y las novedades que podían presentar para la historia antigua del país. Mientras elaborábamos algunas monografías, labor necesariamente lenta se han ido publicando diversos artículos y notas con el carácter de noticiario de los trabajos en curso, pero, además, algunos ensayos de visión general y planteamiento de la problemática de conjunto nos han parecido imprescindibles. Ya en 1948, en nuestros primeros meses de acción en Marruecos, presentamos una comunicación al Congreso de Elche en este sentido, donde, muy brevemente, como exige la

tónica de los Congresos, intentamos dar un esquema del estado de la arqueología del Protectorado tal como se hallaba antes de nuestra gestión (1). En el Congreso de Madrid de 1951 esbozábamos un primer balance (2), y algo de este carácter tuvo también una conferencia pronunciada en el mismo año (3). Hoy parece oportuno insistir, ya que en los últimos tres años los datos se han acumulado con mayor rapidez que nunca. Por ello será útil, además, plantearse una revisión bastante más amplia que en los anteriores casos citados, dentro de la obligada síntesis rápida. Porque las cuestiones afectadas por los nuevos descubrimientos son numerosas y diversas entre sí.

Para poder reducir este balance a los límites corrientes de un artículo, dejaremos aparte, por el momento, lo que se refiere a la prehistoria, aunque tampoco en este sector escaseen las novedades, para dedicarlo a los tres grandes períodos en que se divide la época antigua en Marruecos: 1) navegaciones y colonización de fenicios y cartagineses; 2) monarquía mauritana; 3) ocupación romana. (Y no entraremos en un posible cuarto período —vándalos, bizantinos, contactos con lo visigodo— porque es el único para el que no podemos señalar datos nuevos.)

Nos referiremos exclusivamente al norte de Marruecos, y de una manera especial a la Zona española, aunque también se incluya el enclave internacional de Tánger, si bien no hay en éste grandes novedades que señalar.

II. Los descubrimientos de nuevas localidades antiguas.

Antes de entrar en las diversas cuestiones históricas afectadas por las investigaciones de los últimos años, es preciso detenerse en uno de los hechos que afecta a la totalidad del período antiguo, y que se halla en la base de muchas de las novedades que podemos presentar. Se trata del hallazgo de nuevos yacimientos, en número sorprendente.

Nada mejor que una rápida estadística para darse cuenta del cambio que esto representa. Veamos los resultados obtenidos en la

(1) *Estado actual de la investigación arqueológica en la Zona del Protectorado español en Marruecos*. Crónica del IV Congreso arq. del Sudeste. (Elche, 1948), Cartagena, 1949, ps. 80-88.

(2) *Tres años de investigaciones arqueológicas en Marruecos*. II Congreso nacional. (Madrid, 1951). Zaragoza, 1952, ps. 59-64.

(3) *Marruecos antiguo a través del Museo Arqueológico de Tetuán*. Conferencia pronunciada por... etc. Publicaciones de la Academia de Interventores de la Delegación de Asuntos Indígenas, Tetuán, 1951.

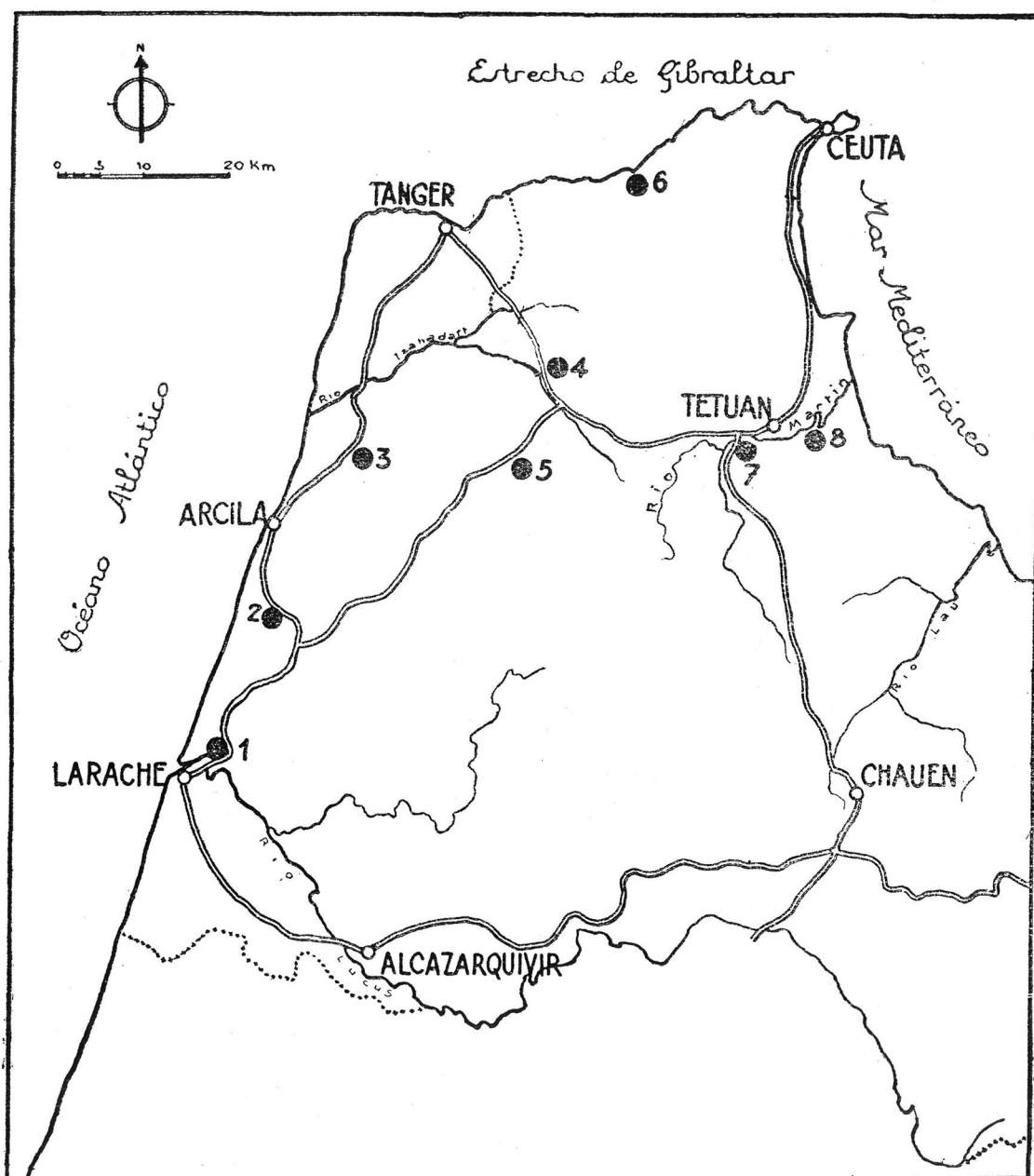


Fig. 1.—Situación de las poblaciones antiguas conocidas en el sector occidental del Protectorado hasta 1948. Representa la labor de más de setenta años de exploraciones. 1, *Lixus*; 2, *Tabernae*; 3, *Ad Mercuri*; 4, El Benian; 5, Dar Chaui; 6, Alchazarsa-guer, I; 7, *Tamuda*; 8, Kitzan. (Los nombres en cursiva equivalen a localizaciones con el nombre antiguo conocido).

parte más importante del Protectorado, la zona central y occidental, que pertenece a lo que Lyautey, con lúcida frase, denominó Marruecos útil, y que es, por tanto, donde siempre ha habido mayor densidad de núcleos urbanos: zona que viene limitada al Oeste por el Atlántico; al Norte, por la frontera tangerina, costa del Estrecho

y del Mediterráneo hasta el río Lau; por el Este, por una línea imaginaria que desde la desembocadura de este río se dirige hacia el Sur, y a Mediodía, por la actual frontera del Protectorado francés. (Véanse los mapas 1 y 2.) Para nuestra finalidad, dividiremos la historia de los estudios arqueológicos en este territorio en dos etapas. La primera desde la publicación de la clásica obra de Tissot (4), que puede tomarse como punto de partida de los estudios sobre el terreno, en 1878, hasta 1948, o sea durante setenta años. La segunda que comprende desde esta fecha hasta hoy, incluyendo, por tanto, solo seis años.

Durante el primer período se localizaron *diez* estaciones antiguas (Mapa 1). De 1948 hasta la fecha hemos podido añadir otras *dieciocho* lo que nos da un total actual de *veintiocho* (Mapa 2). Debe advertirse que ni en uno ni en otro cálculo se incluyen las inciertas cronológicamente, es decir, las que no hay absoluta seguridad que sean preislámicas, ni las de importancia muy secundaria; entre éstas también los números guardan una proporción aproximada entre los hallazgos de un período y los del otro.

Los campos de ruinas, durante la primera etapa, 1878-1948, fueron señalados al ritmo siguiente: uno, Lixus, era ya conocido, pues lo había identificado Barth a mediados del siglo XIX (5); otros cuatro, Ad Mercuri, Tabernae, El Benian y otro entre Tabernae y Lixus, fueron dados a conocer por Tissot (6); en la época en que C. L. de Montalbán dirigía el servicio de arqueología en el Marruecos español se hallaron Tamuda y Kitzan (7); otros dos aparecieron, debido a hallazgos casuales, durante el período de su sucesor, P. Quintero, los de Alcazarseguer (8) y Dar Chaui (9). En el recorrido efectuado por el P. C. Morán y G. Gustavino, en 1947, señalaron algunos yacimientos probablemente preislámicos, pero de ninguno de ellos se publicaron materiales (10).

(4) CHARLES TISSOT. *Recherches sur la Géographie comparée de la Maurétanie Tingitane*. Paris, 1878.

(5) H. BART, *Wanderungen durch die Küstenländer des Mittelmeeres, ausgeführt in den Jahren 1845, 1846 und 1847*. I, p. 19 ss.

(6) *Ob. cit.*

(7) Sobre Tamuda, en este período de los trabajos, publicó un informe GOMEZ MORENO, *Informe sobre descubrimientos y antigüedades en Tetuán, 1922*, Kitzan se mantuvo inédito.

(8) P. QUINTERO, *Excavaciones en Tamuda*. Memoria resumen... n.º7 (Tetuán, 1944), p. 25.

(9) *Id.* Memoria núm. 5, págs. 12-13.

(10) P. CESAR MORAN, GUILLERMO GUASTAVINO. *Vías y poblaciones romanas en el norte de Marruecos*. Mem. núm. 11 de la misma serie que las de las notas anteriores, Madrid, 1948.

A éstos han venido a añadirse en estos últimos años los siguientes:

En la costa del Estrecho, a partir de la frontera de Tánger, hacia el Oeste: Sidi Cancuch, Uad Lian, Záhara, Alcazarseguer II y Uader-Remel (11).

En la costa mediterránea, a partir de Ceuta: Sidi Buhayel (El Negro), playa de la Aguada, El Rincón del Medik, Sidi Abdselam del Behar y Emsá (12).

En el interior: R'gaia, Melusa y otros cinco en la parte baja de Beni Arós, de ellos especialmente importante el de Suiar (13).

En la costa atlántica: desembocadura del río Tahadart y Arcila (14).

III. Excavaciones y sondeos.

Si los descubrimientos acaecidos en el breve pero intenso período que se inicia en 1948, no hubieran representado en varios aspectos importantes un cambio de visión en la historia antigua de Marruecos, no hubiera sido precisa la enumeración anterior.

Pero el interés de estos nuevos descubrimientos no depende únicamente del considerable aumento de puntos conocidos, con ser ello solo ya muy significativo. Sino también de los datos aportados por las excavaciones que se han realizado tanto en algunas de las estaciones ya señaladas como en otras más recientes. Hasta 1948 se habían llevado a cabo excavaciones en cuatro lugares: Lixus (15), Tamuda (16), Ad Mercuri y Tabernae (17). En los últimos tiempos

(11) Todos ellos de descubrimiento muy reciente, inéditos. Deben ser dados a conocer en una Memoria dedicada a este sector de costa, segunda de la serie en preparación sobre la costa N. de Marruecos.

(12) Los tres primeros inéditos. Sobre Sidi Abdselam del Behar y Emsa se ha dado noticia en Arch. Esp. Arq. 1953 (XXVI), p. 161 y ss.

(13) Inéditos. En los dos primeros todavía no se han llevado a cabo los sondeos. En Suiar fueron realizados a fines del año pasado.

(14) Incluidos en el plan sistemático de sondeos, que no se han realizado por el momento. Inéditos.

(15) Sin que se publicaran los resultados de los más importantes llevados a cabo por Montalbán.

(16) Ya hemos indicado que sobre las primeras excavaciones en Tamuda, realizadas por Montalbán no hay otra publicación que el citado informe de Gómez Moreno (véase nota 7), escrito en los primeros años de los trabajos. A partir de las campañas de 1940, y hasta que nosotros nos hicimos cargo de ellos, los resultados fueron dados a conocer en una serie de Memorias tituladas *Excavaciones en Tamuda*, por P. Quintero, C. Giménez Bernal y el P. C. Morán, publicadas anualmente entre 1941 y 1947 por la Junta Superior de Monumentos y la Delegación de Educación y Cultura de Tetuán.

(17) C. L. DE MONTALBÁN. *Resumen de la Memoria presentada ante esta Junta por... referente a los trabajos efectuados... en Ad Mercuri y Tabernas*. (Núm. 1 de la misma serie citada en la nota anterior). Larache, 1940.

se ha trabajado en tres de éstos (o sea, en todos menos en Tabernae) y en otros siete, pasando, por tanto, de cuatro a once yacimientos antiguos conocidos por excavaciones en la citada región.

Porque el simple hecho de tener unas ruinas señaladas en el mapa de bien poco sirve para avanzar en el conocimiento de la historia, que es el objetivo esencial que debe proponerse el arqueólogo. Ciertamente es que hoy contamos con unos métodos mucho más seguros de los que se disponía unas décadas atrás para establecer la época de una estación antigua: nuestro conocimiento de las cerámicas. Valiéndonos de él, es posible en una simple prospección superficial determinar la data del lugar explorado, ya que los fragmentos de cerámica acostumbran a presentarse en gran abundancia en cualquier lugar que sirvió de asiento a un núcleo de población antigua. Un peligro, no obstante, ofrece el sistema: el que los elementos hallados en superficie pertenezcan sólo a la última época de vida de la población explorada. Es fácil que, de haber tenido la ciudad una larga existencia, lo que comporta una inevitable sucesión de estratos en las ruinas, los fragmentos en superficie sean sólo correspondientes al nivel más alto, o sea al último, mientras que los pertenecientes a capas más profundas permanezcan invisibles.

No obstante, para evitar tales vacilaciones, no se podía pensar en excavar todos los yacimientos de los que se iba teniendo noticia. Se planteaba aquí el problema normal que se presenta en todas partes a las instituciones dedicadas a la arqueología de campo. El número de yacimientos acostumbra a ser superior a las posibilidades de los respectivos servicios de investigación. La única solución posible viene dada por los recientes adelantos de los métodos de excavación. Así, mientras se continuaban los trabajos de mayor envergadura en algunos puntos (concretamente Lixus y Tamuda), hemos realizado diversos sondeos estratigráficos en profundidad en yacimientos de los que sólo se sabía la existencia. Con lo cual ha podido obtenerse una visión aproximada, tanto cultural como cronológica, de varios de ellos.

A base de los elementos reseñados —nuevas estaciones descubiertas, sondeos estratigráficos y excavaciones extensas— hemos conseguido los datos que exponaremos esquemáticamente, en espera de posteriores desarrollos parciales mucho más extensos y documentados.

IV. El problema de los orígenes de la expansión fenicia.

Hasta hace poco nuestro conocimiento sobre la acción de fenicios y cartagineses en Marruecos era muy vago. Se limitaba a los pocos datos suministrados por las fuentes escritas antiguas, siempre

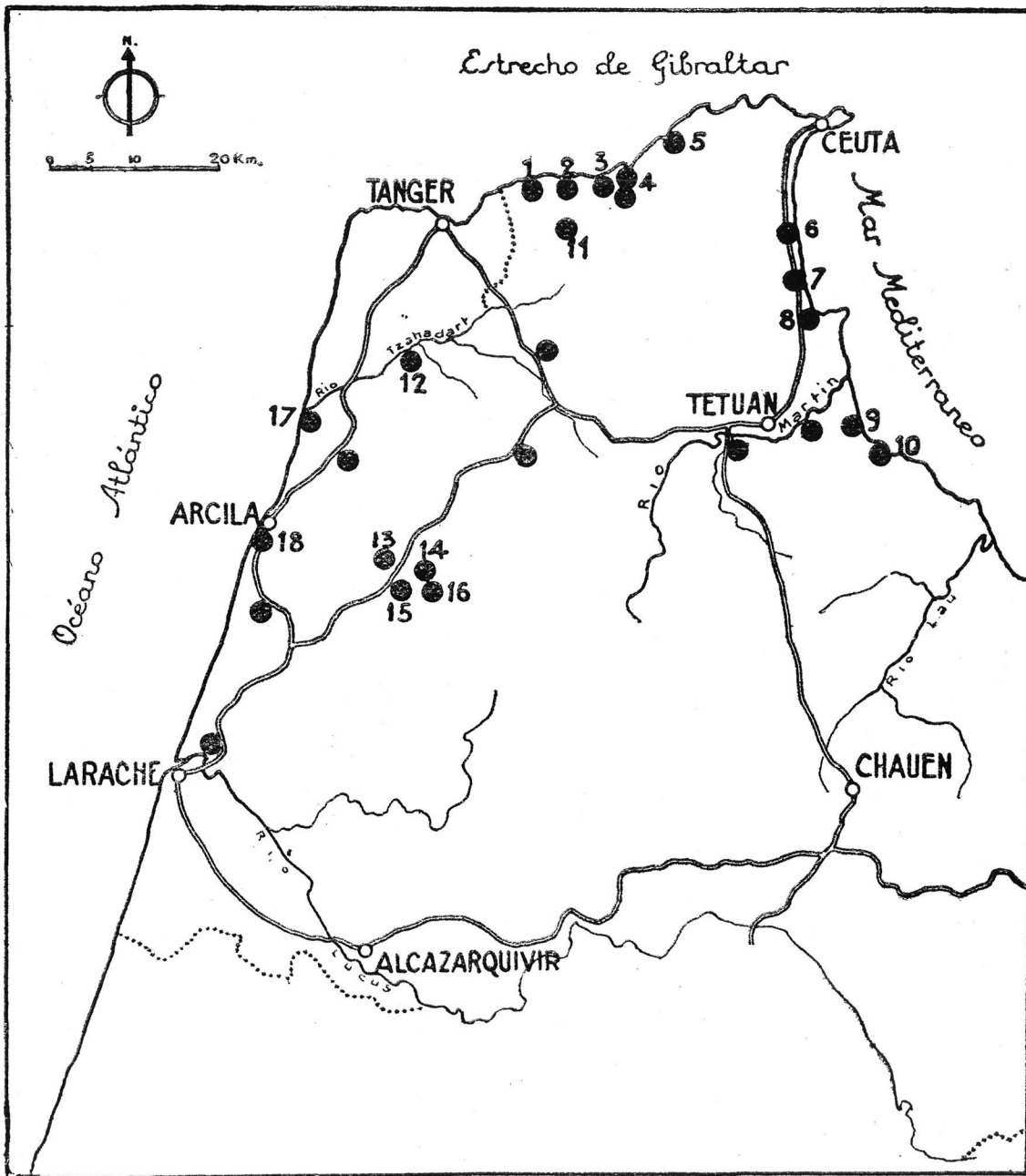


Fig. 2.—Poblaciones antiguas actualmente conocidas. Se recogen las situadas hasta 1948 (sin numerar), y las descubiertas en los últimos seis años (las dieciocho numeradas). 1, Sidi Cancuch; 2, Uad Lian; 3, Zahara; 4, Alcazarseguer II; 5, Ras Remel; 6, Sidi Buhayel; 7, La Aguada; 8, El Rincón del Medig; 9, Sidi Abdselam del Behar; 10, Emsá; 11, Melusa; 12, Regaya; 13-16, grupo de poblaciones romanas de la parte baja de Beni Aros —la más importante, Suiar (14)—; 17, desembocadura del Taha-dart; 18, Zilis. De esta última es la única que se conoce el nombre antiguo entre las descubiertas en este período.

parcas en lo que respecta a este país en cualquiera de sus periodos, y a algunos hallazgos arqueológicos sueltos provenientes de Lixus, que si bien atestiguaban su indudable presencia, nada solucionaban. Estos eran una inscripción fenicia fechada hacia el s. III a. J. C. (18), otra bilingüe libico-neo púnica (19) y, si seguimos la atribución de Ch. Picard, el bronce representando a Baal Hadad, que corrientemente se identifica con el dios Océano (20). Todo ello, como puede apreciarse, inconexo y de época avanzada, sin relación con el problema capital de los orígenes de la expansión colonizadora de estos pueblos semíticos (21).

Desde el principio de nuestros trabajos en el país, creímos que uno de los aspectos más importantes de la labor a desarrollar consistía en hacer un esfuerzo dirigido a la solución, hasta los límites posibles, de este problema. Y ello no sólo porque podría dar alguna luz sobre una de las fases más oscuras y más interesantes de la vieja historia marroquí, sino porque los resultados que se alcanzaran podrían tener una proyección para el conocimiento de dicha etapa en todo el extremo occidente del Mediterráneo, donde nos hallamos en condiciones parecidas a las de Marruecos en cuanto a la escasez e inseguridad de datos.

Lixus se presentaba, en este sentido, como un lugar ideal por sus posibilidades, pues coinciden tres factores: la importancia de la ciudad, inmediatamente visible dada su situación y la extensión del campo de ruinas; la facilidad de investigar sobre el terreno sin más trabas que las impuestas por los niveles de construcciones romanas que recubrieron los vestigios de la urbe anterior, pues Lixus desapareció a la caída del mundo antiguo y no ha vuelto a ser habitada; y, sobre todo, por el hecho de tener documentada su fundación —o por lo menos la de su santuario— por algunos textos clásicos que le asignan la fecha histórica más remota que tenemos para el extremo occidente. En efecto, Plinio se hace eco de la tradición que asignaba al santuario de Hércules (y, por tanto, de Melqart) de Lixus una antigüedad mayor que al de Cádiz.

(18) PH. BERGER. *Bull. Arch. Com.*, 1892, p. 62-64, lám. XIII. También M. BESNIER, *Recueil des inscriptions antiques du Maroc*, Archives Marocaines, 1904 (p. 3-4 y lám. I, 2 de la tirada aparte).

(19) G. MARCY. *Les inscriptions libiques bilingues de l'Afrique du Nord*.

(20) Publ. por P. QUINTERO *Estudios varios sobre los principales objetos que se conservan en el Museo [Arqueológico de Tetuán]*. Tetuán, 1942, p. 19 y ss. A. GARCIA Y BELLIDO, *Arch. Esp. Arqueol.*, 1942, pág. 175 ss. L. CHATELAIN, *Le Maroc des romains*, París 1944, p. 60 ss. Nueva atribución de CH. PICARD, en *Rev. Arch.* 1948, p. 215.

(21) Podrían añadirse los lienzos de muralla considerados fenicios por TISSOT, ob. cit., y las monedas de la ceca de Lixus (MÜLLER, *Numismatique de l'ancienne Afrique*. Copenhague, 1860-62, III).

Era preciso, pues, dirigir los trabajos para buscar los restos pertenecientes a la primera época de la población. Para ello no podía pensarse en una excavación de tipo horizontal, amplio, dado que

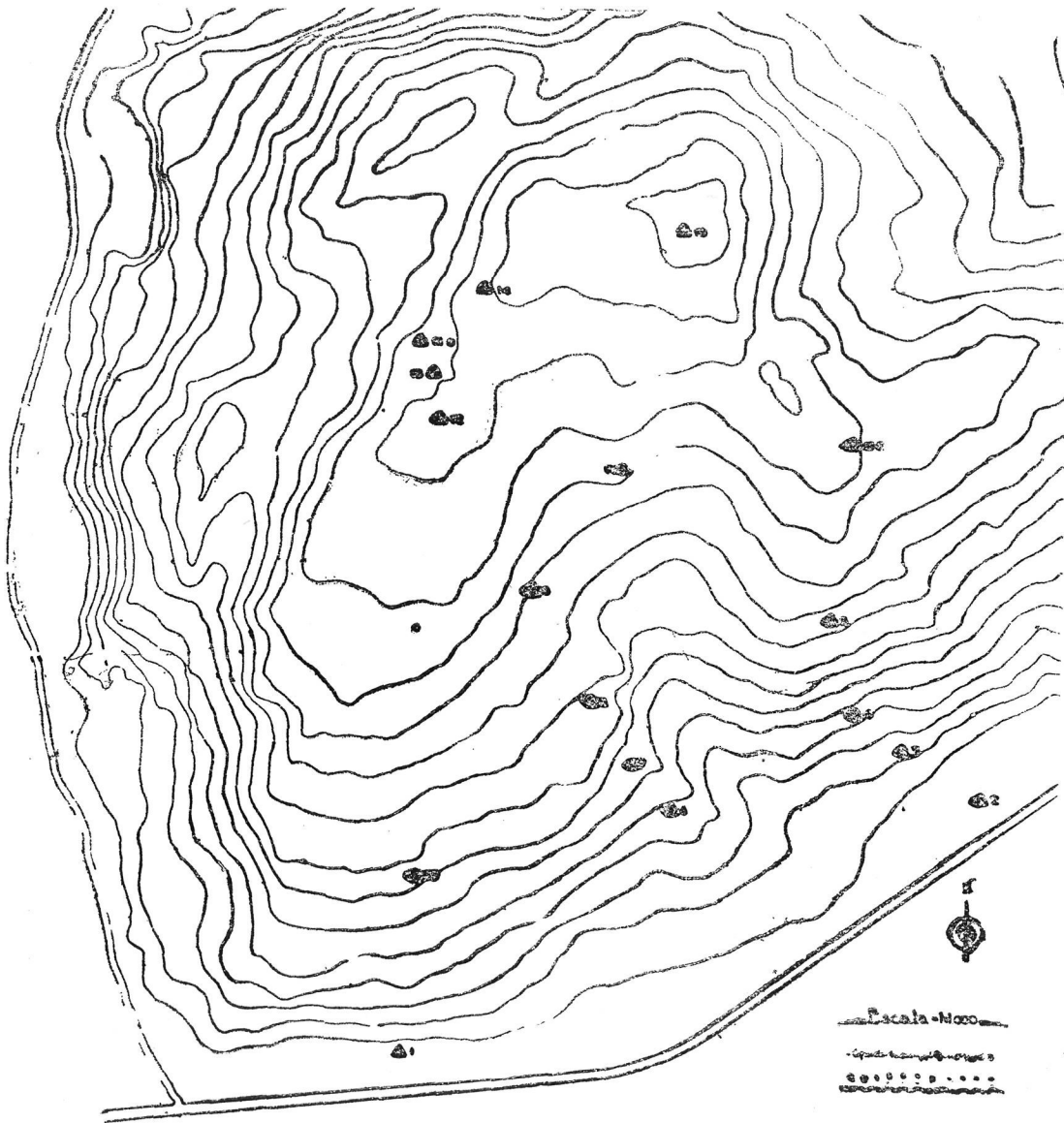


Fig. 3.—Plano del conjunto de Lixus, con indicación de los sondeos de profundidad realizados, en busca de los niveles correspondientes a la población más antigua.

debían conservarse las ruinas romanas que cubren el lugar y que, por otra parte, una excavación de este tipo en los espacios que aquéllas dejan libre hubiera precisado de unos créditos elevados —que estábamos muy lejos de disponer—, debido a la profundidad a que se hallaban los restos más viejos, según demostraron los primeros ensayos.

Precisaba obtener un máximo de información removiendo un

mínimo de tierra. Se imponían, por tanto, los sondeos estratigráficos de profundidad, hasta llegar a la roca o a la tierra virgen, procurando, además, no dejar al azar o a circunstancias de orden externo la elección de los sitios a sondear.

Partiendo de la base que la factoría primitiva ocupa el lugar, por lo menos en parte, que ocupó más adelante la ciudad de época imperial (idea que hasta hoy nada ha venido a desmentir), se abrieron las primeras catas en los sectores que, según el estudio previo del terreno, parecían más aptas para la situación del primer establecimiento. Las normas que determinaron esta elección hemos de exponerlas rápidamente luego, al tratar de los establecimientos costeros de los colonizadores. Después se extendió la extensión sondeada hasta el punto que hoy alcanza casi la totalidad del campo de ruinas romano (Fig. 3).

Hoy tenemos abiertas quince catas. Algunas han resultado estériles o decepcionantes —las de la parte baja del yacimiento—, pero la mayoría han dado resultados coherentes entre sí y del mayor interés (22).

La primera sorpresa resultó de constatar que, contra lo que parece lógico, no hubo un primer núcleo de extensión reducida que paulatinamente alcanzara mayor extensión, partiendo de la parte baja de la colina, junto al río, lugar de los primeros desembarcos. Sino que todas las catas fértiles en niveles antiguos nos daban la misma época inicial. O sea que la ciudad, desde el primer momento de su vida, tenía una extensión ya muy considerable, dada por dos ejes máximos de unos 400 y 350 metros, respectivamente. Este núcleo cubría la meseta que se forma en la parte superior de las colinas, y venía delimitado por una potente muralla, en parte conservada, en la que se aprecian muy diversas técnicas constructivas que parecen responder a períodos diferentes, la mayor parte evidentemente pre-romanos, otros rehechos durante el Imperio.

La segunda constatación es de orden cronológico. Los materiales de los estratos profundos no es prudente remontarlos más allá del siglo V o, como máximo, del VI a. J. C.

Consisten en cerámica de tres tipos. En la profundidad máxima aparecen vasijas con barniz rojo de distintas variantes. Se trata de la cerámica, sobre la que nosotros dimos la primera voz de alerta desde las páginas de esta misma revista, y que luego ha sido objeto de un primer ensayo de sistematización, en lo que a los materiales hallados en nuestra Península se refiere, por parte de E. Cuadra-

(22) De uno de ellos, el sondeo denominado provisionalmente "Cata del algarrobo", dimos el dibujo de un corte en ZEPHYRVS III (1952), p. 165, fig. 9.

do (23). Su momento de aparición en Lixus puede fecharse hacia el siglo V, por lo que veremos en seguida. La otra especie que la acompaña es de aspecto francamente "prehistórico": a mano, de barro muy basto y mala cocción. Debe ser de fabricación indígena, pervivencias de un neolítico que en el campo marroquí se prolonga hasta nuestros días.

Ninguno de estos dos tipos permite una cronología ni tan solo aproximada. Pero el nivel inmediatamente superior, o sea el penúltimo, ha dado en algunos sondeos cerámica ática lisa, del siglo IV. Con lo cual se puede fechar el nivel antes señalado un siglo antes, con alguna probabilidad. Otro elemento que nos aproxima a esta data es un escarabeo no hallado "in situ" y que no es útil para la cronología de los estratos, pero que debe ser fabricado —en Cartago, según parece— alrededor de los s. VI-V. (Es la pieza más antigua hallada en Marruecos hasta ahora.) (24)

Nos hallamos, pues, ante un nuevo caso de desacuerdo entre fuentes y hallazgos, que podemos llamar "nuevo", porque ahora se presenta después de haber realizado una racional acumulación de materiales arqueológicos. Es la repetición de lo que sucede de una manera más atenuada en Utica, y en el mismo grado en Cádiz, las tres localidades fenicias de Occidente que los textos clásicos dan como anteriores al año 1000 a. J. C. Pero en el caso de Cádiz cabría pensar que de no ser por la existencia de la ciudad moderna, que impide la excavación en la mayor parte de su área, podría llegarse a obtener elementos más antiguos. En Lixus no cabe esta posibilidad, pues los sondeos han cubierto prácticamente toda el área posible.

Se pueden pensar tres cosas: que el primitivo emplazamiento no corresponde al lugar de la población posterior; que futuras campañas alterarán los datos actuales; o que, realmente, el núcleo urbano de Lixus no es anterior a los siglos VI-V.

(23) La primera referencia a esta cerámica se halla en nuestro artículo *Sobre el presente de la arqueología púnica*, ZEPHYRVS, III (1952). Posteriormente, en esta misma Revista, el artículo de conjunto sobre los hallazgos peninsulares: E. CUADRADO, *Materiales ibéricos: cerámica roja de procedencia incierta*, ZEPHYRVS IV (1953), ps. 265-309.

(24) Este escarabec, como todos los materiales de Lixus, se estudia en nuestro trabajo *Lixus. Aportación al estudio de la historia antigua de Marruecos y del Mediterráneo occidental, de próxima aparición*. Se trata de un libro de conjunto sobre el tantas veces citado yacimiento, así como una revisión detenida de los problemas históricos que plantea. Otra pieza que apareció suelta, y que marca una fecha que coincide con la que damos como elemento culminante del proceso de colonización, es una esfinge de mármol: M. FARRADELL, *Una esfinge, parte de un trono de divinidad púnica, de Lixus*. II Congreso nacional de Arqueología (Madrid, 1951); Zaragoza, 1952, ps. 435-38. Es, quizá, del s. V, o con más seguridad, del IV.

La primera posibilidad nos parece bastante remota, dadas las condiciones que presenta el lugar, que responden con absoluta justeza al tipo de establecimiento marítimo que buscaron siempre fenicios y cartagineses. Respecto al segundo, nunca puede considerarse, en materia de excavaciones, que se ha dicho la última palabra, pero no creemos muy probable una sorpresa de este tipo después de los quince sondeos llevados a cabo. Hoy por hoy, es preciso inclinarse a la tercera solución.

Conste que ésta no es tan disonante como podría parecer a primera vista, sobre todo a los partidarios de defender a ultranza las fechas tradicionales para el comienzo de la expansión colonial fenicia.

En general, se ha insistido poco en un detalle importante observable en algunos de los textos sobre los que se basa la datación tradicional de la fundación de las tres más viejas ciudades de Occidente: las referencias al santuario. Plinio (25) no da ninguna fecha para Lixus, sino para el *templo* de Hércules (léase Melqart), en una islita del estuario del río Lucus, junto a la ciudad, diciendo que se consideraba incluso más antiguo que el *templo* de Cádiz. Y asimismo Plinio refiere la antigüedad de Utica en relación con ciertos elementos de un templo (26). Son unos datos preciosos, y mucho más si tenemos en cuenta que vienen de un autor, si bien tardío en relación con los hechos de referencia, concienzudo, un erudito de su época.

Porque la lógica y la experiencia de todo fenómeno colonial en tierras lejanas nos obliga a suponer que antes de la era que pueda merecer con propiedad el nombre de colonización, debió haber un largo período de navegaciones de exploración, de intercambio comercial y de tanteo. Y sólo después de esta etapa puede imaginarse la creación de factorías con población colonial fija, de verdaderas ciudades. Esta primera época viene fijada a la perfección en las escasas alusiones bíblicas a las naves de Tiro que comerciaban con el extremo occidental, en expediciones trienales (27), y en la narración de Herodoto sobre el comercio mudo del oro en las costas extremas africanas (28). Se refleja también con toda claridad en las tres expediciones que fueron precisas, según Estrabón, para fundar Gadir (29), luego de escoger el lugar idóneo. Y en la cita de Timeo

(25) N. H. XIX, 63.

(26) N. H. XVI, 216.

(27) Este aparente detalle es esencial, pues explica las dificultades que representaba la expedición marítima de un extremo a otro del Mediterráneo.

(28) Herodoto, IV, 196.

(29) Estrabon, III, 5, 5.

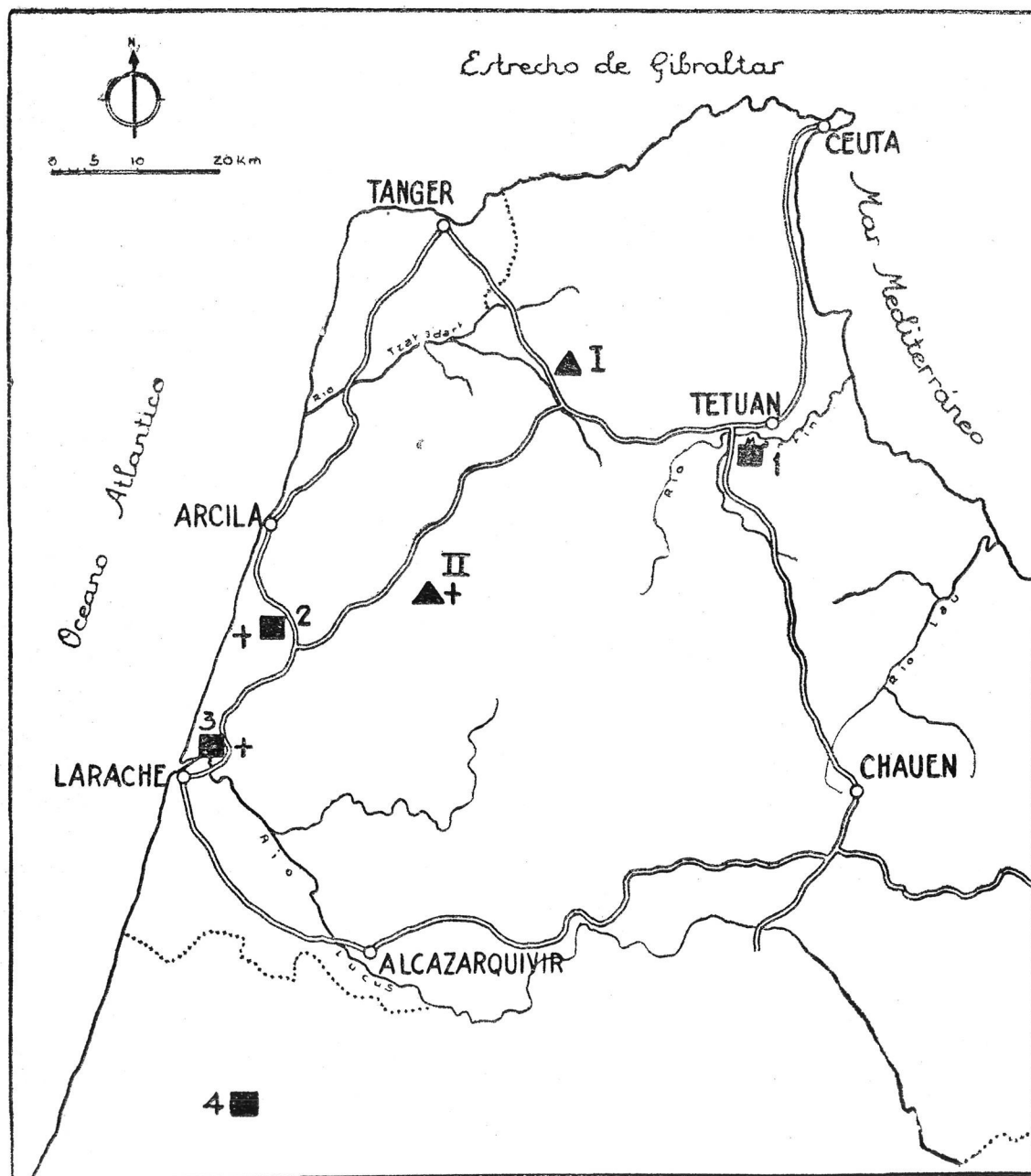


Fig. 4.—*Situación de las guarniciones romanas durante el Bajo Imperio en la Tingitana. Los cuadrados indican castellum con nombre antiguo conocido (números árabes): 1, Tamuda; 2, Tabernae; 3, Lixus; 4, Frigidæ. Los triángulos, castellum de nombre antiguo desconocido (números romanos): I, El Benian; II, Suiar. Las cruces equivalen a lugares en los que se han descubierto indicios de destrucción importante*

sobre navegaciones que precedieron al nacimiento de Cádiz (30). El mundo fabuloso de la mitología de la región del Estrecho de Gibraltar, concretado en algunas leyendas griegas (algunas de ellas, como

(30) *Diodoro*, V, 20, 1.

la del Jardín de las Hespérides, estrechamente ligada a Lixus), refleja igualmente este primer período.

Ahora bien; si tenemos en cuenta que todos los navegantes antiguos, y en este caso los fenicios en particular, uno de los primeros actos que realizaban al desembarcar en una nueva tierra era la de ofrecer sacrificios a las divinidades (en el Periplo de Hannon, por ejemplo, tenemos algunos bien claros testimonios) (31), ¿no podremos considerar que estos lugares sagrados, convertidos luego en templo, han precedido en mucho a la ciudad que después se estableció en sus proximidades? En este caso los templos de Utica, Cádiz y Lixus fecharían los primeros contactos firmes de los fenicios con sus respectivos territorios en la época de las expediciones de exploración e intercambio comercial, no la fundación de las ciudades, que fué, sin duda, posterior. Con el paso de los años, este matiz se debió borrar, y algunos de los autores que recogen las viejas tradiciones ya no establecen la diferencia.

Sólo una larga época de contacto previo puede explicar que en los siglos VI-V nos encontremos en Lixus, sin antecedentes materiales, con una población colonial tan extensa que ocupa alrededor de 14 hectáreas. Es decir, parece que en un determinado momento hubo un proceso de colonización rápido, masivo, sobre las costas septentrionales del Africa atlántica. Lo cual enlaza con el estado de cosas reflejado en el Periplo de Hannon, donde vemos al Estado cartaginés organizar el envío de una numerosa masa de colonos a este litoral. Obsérvese cómo la fecha más generalmente admitida para el Periplo —primera mitad del s. V— viene a corresponder con lo que indican los resultados de los sondeos de Lixus.

V. *La cadena de bases costeras.*

Pero hay más. Podemos aportar nuevos datos, resultado de las últimas investigaciones en otros puntos de Marruecos, que corroboran la visión que esbozamos.

Es necesario que antes entremos en algunos antecedentes sobre esta serie de trabajos, que ya nada tiene que ver con Lixus. Porque tampoco estos datos han surgido al azar, sino que han sido resultado obtenido por un plan dirigido hacia un objetivo y llevado a cabo según unas normas preestablecidas que puede ser útil divulgar.

Hace alrededor de dos años que se fijó un plan de exploración arqueológica de la costa N. de Marruecos, considerando que tenían que existir algunas localidades nacidas como puntos de escala en

(31) Altar a Poseidón en el Cabo Soloeis (3-4).

los viajes marítimos perromanos, algunas de las cuales debieron perdurar hasta el final de la dominación romana. La necesidad de su presencia viene dada por las exigencias de la navegación antigua en el Mediterráneo, de cabotaje salvo raras excepciones, y realizada con naves de dimensiones reducidas y de pocas condiciones para aguantar en el mar con malos tiempos. Se ha señalado que incluso puede asegurarse que tales refugios no estaban separados entre sí por distancias superiores a los 30-40 kms. en la costa africana al E. de Marruecos (32).

El primer problema que se presenta es la localización de tales yacimientos, pues hay que partir de la base que de la mayor parte de ellos no quedan ni citas textuales concretas ni restos aparentes sobre el terreno, por lo menos en suficiente cantidad o estado para que llamen la atención. Hay que proceder a prospecciones. Afortunadamente, poseemos una guía segura que evita la considerable pérdida de tiempo que representaría recorrer muy detenidamente toda la larga extensión del litoral.

Esta guía viene indicada por un fenómeno muy natural y razonable, pero sobre el que sólo en fechas muy recientes se ha fijado la atención hasta conseguir formular ciertas leyes que casi siempre vemos cumplidas: la topografía de las factorías creadas por los marinos colonizadores, sea para servir de escala, constituyendo los eslabones de la cadena que acabamos de señalar, sea porque el lugar presentaba especial interés desde el punto de vista económico. Para su establecimiento se escogían lugares que acostumbra a presentar características muy similares.

Estos lugares debían cumplir primordialmente una condición: la de ser de fácil acceso desde el mar, constituyendo refugios abrigados contra los vientos dominantes en cada punto, y presentando un espacio apropiado para varar las naves.

Ciertas posibilidades de defensa contra ataques del interior representaban una condición de segunda categoría. Por ello los tipos corrientes son los establecimientos en islas próximas a la costa y en penínsulas.

Pero como las islas y penínsulas son poco frecuentes —sobre todo en el litoral que nos interesa—, el tipo más corriente se da en las playas donde desembocan ríos o riachuelos que aseguraban el abastecimiento de agua. Normalmente la factoría se colocaba en algún montículo próximo al lugar del desembarco. Estos núcleos que hay que suponer muy reducidos en su primer momento, en caso

(32) P. CINTAS. *Fouilles puniques a Tipasa*. Tirada aparte de la Rev. Afric. publicada por el Service des Antiquites de l'Algerie, 1949, p. 8 ss.

de continuar viviendo se ampliaron, dando origen a una serie de poblaciones costeras que a menudo perduraron durante siglos.

Casi todas las ciudades fenicias y cartaginesas responden a este esquema de situación (como igualmente las griegas de occidente, que fueron creadas bajo análogas circunstancias). Por ello no es difícil, teniendo en cuenta estas normas (que aquí, claro está, sólo podemos dar de manera en exceso esquemática), realizar prospecciones acompañadas de un éxito que a primera vista sorprende (33).

Aplicando estos puntos de vista, se ha llevado a cabo ya el estudio casi total de la costa africana del Estrecho de Gibraltar y de un sector de la mediterránea a partir de éste, o sea de la ciudad de Ceuta. Los restos de poblaciones hallados han sido numerosos, si bien en ciertos casos recubiertos por habitación moderna y en otros por la capa romana, que han borrado la mayor parte de los vestigios de la época inicial.

No obstante, en dos casos se han podido obtener —y excavar parcialmente— poblaciones prerromanas en “estado puro”, sin posteriores construcciones. Ambas se hallan en la costa próxima a Tetuán. La primera en el pequeño valle de Emsá, al E. del cabo Mazari, por donde corre el río del mismo nombre que ha ido rellenando con sus aluviones la parte baja de la ensenada, por lo que en otra época ofrecería un refugio marítimo mucho mejor abrigado que hoy. A unos 2 kms. de la costa actual se levanta un montículo de unos 30 metros, Cudia Tebman, muy individualizado, única prominencia que destaca en el valle. Sus vertientes son muy pronunciadas y en su parte superior forma una pequeña explanada. El lugar responde tan exactamente a las características antes diseñadas, que se abrieron los primeros sondeos aunque no aparecían vestigios superficiales. Ahora conocemos una parte del pequeño poblado, constituida por un núcleo de cámaras que recuerdan por su aspecto las de los poblados ibéricos. El material, excepto una fibula de la Tene I, no es de fácil datación si se pretende una rigurosa exactitud, pues lo constituyen cerámicas muy fragmentadas, a torno, de tradición púnica, generalmente de vasijas de tamaño mediano, sin que falten algunos ejemplares de la de barniz rojo y una muestra de campaniense, al parecer de imitación. Todo ello fechable como del siglo III, más bien de su segunda mitad que de la primera. Este representa

(33) Damos más referencias sobre la topografía de los yacimientos costeros púnicos en dos publicaciones de inmediata aparición: *Lecciones de arqueología púnica*, I, (texto de un cursillo dado en 1953 en la Universidad de verano de Jaca) que aparecerán en PSANA de Zaragoza, y en *Exploración arqueológica de la costa Norte de Marruecos*, I, en prensa dentro de la colección de monografías del Servicio de Arqueología del Protectorado.

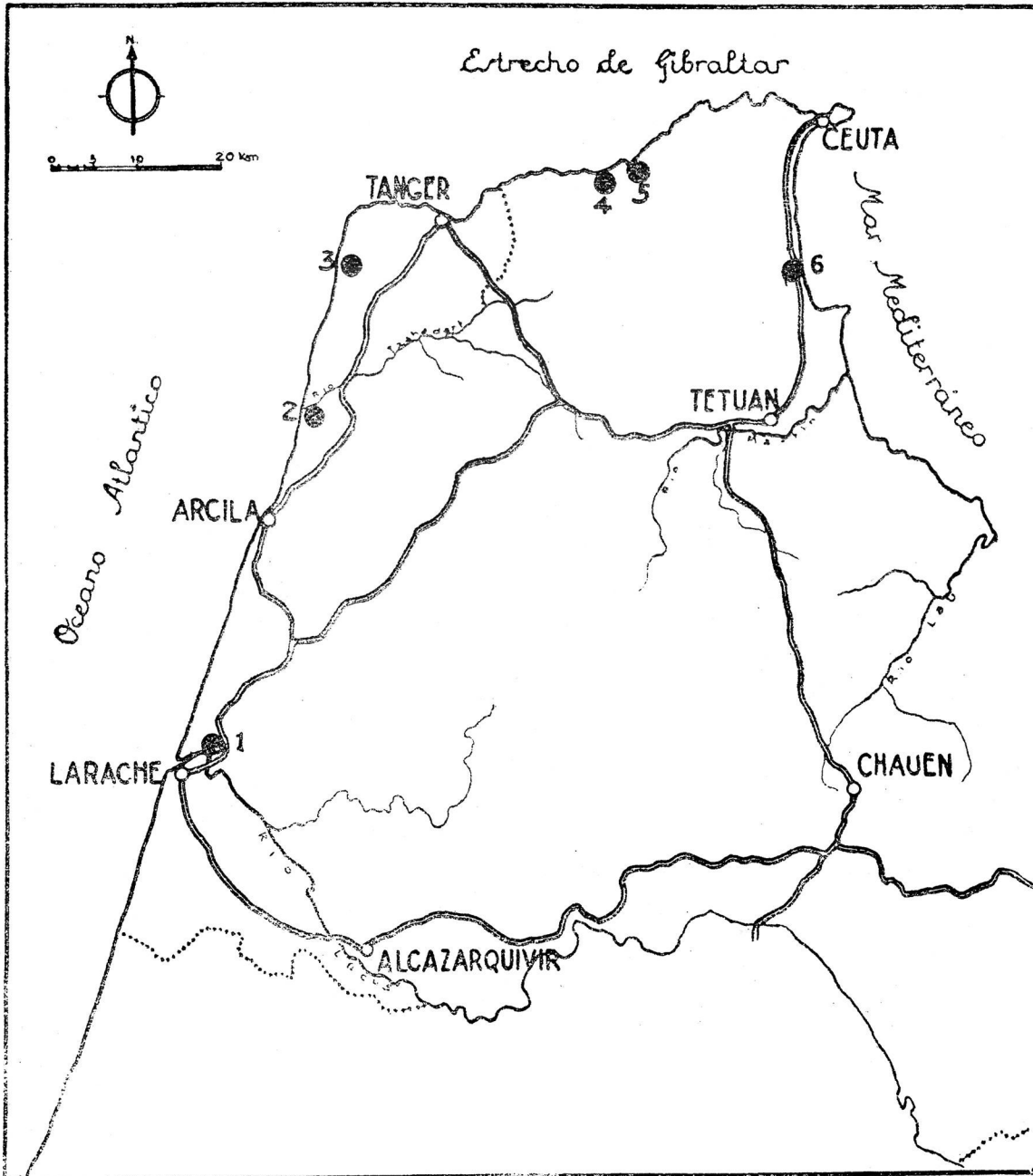


Fig. 5. — Situación de las factorías romanas de salazón de pescado. 1, Likus; 2, desembocadura del Tahadart; 3, Cotta; 4, Zahara; 5, Alcazarseguer; 6, La Aguada.

el momento final de la vida del poblado, que fué abandonado, sin que aparezcan vestigios de destrucción violenta.

Muy cerca de la actual desembocadura del río Martín, a unos 10 kms. de Emsá, está Sidi Abselam del Behar, la segunda estación a que nos referíamos. Emplazada sobre una abierta playa, al lado de un antiguo cauce del citado río, ocupa una pequeña loma que se levanta pocos metros sobre el mar y parte de la llanura contigua. Los sondeos abiertos han demostrado que el primer establecimiento

fué sobre dicha lomita y que en época posterior el poblado se extendió bastante más. Los materiales del primer período, del que apenas han aparecido restos constructivos, se caracterizan por la ausencia total de campaniense, o sea exactamente lo que ocurre en los niveles más profundos de Lixus, por lo que, en principio, y mientras nuevas excavaciones no proporcionen más elementos de juicio, no parece aventurado datarlo hacia el siglo IV. En cambio, el segundo nivel, que corresponde a una población mucho mayor, ha dado monedas indígenas, campaniense A (muy rara) y B (muy abundante), algún ejemplar de barniz rojo y cerámica corriente, todo ello perteneciente a los siglos II-I a. J. C., o sea al mismo momento que Tamuda. Pero la ausencia de aretina y de monedas de Iuba II nos asegura que la destrucción —hay indicios de incendio— debió acaecer a principios de la segunda mitad del s. I, casi cien años antes de la entrada de los romanos, que arrasaron Tamuda (34).

Ahora podemos comprender lo que antes hemos avanzado: el porqué las fechas iniciales de estos dos establecimientos enlazan con las que hemos considerado idóneas para la creación de la ciudad de Lixus. Puesto que no hay duda que nos hallamos en Emsá y Sidi Abdselam del Behar ante dos factorías, una de cuyas misiones esenciales era de servir de escala a la navegación que se dirigía hacia Occidente. Si no existieron hasta el siglo IV, o algo antes, ello parece indicar que hasta esta época no hubo un intenso movimiento de cabotaje, pues no hay duda de ninguna clase que, por su emplazamiento, ambas responden al tipo de factoría más antigua que pudo existir sobre la costa que nos interesa en el período de la colonización. ¿Sería lógico pensar que en Lixus existía desde mucho antes un núcleo de población importante?

Es evidente, lo mismo en el caso de Lixus que en estos otros dos, que estamos lejos, con los actuales datos, de poder obtener conclusiones definitivas. Pero no lo es menos que todo lo que vamos alcanzando tiende hacia la solución que proponemos. Como la exploración de costas se desarrolla a ritmo intenso, es de esperar que no tardaremos mucho en contar con nuevos factores que completen el actual panorama. El cual indica que si bien es probable que existiera durante largo tiempo —quizá varios siglos— una expansión fenicio-púnica en el extremo occidente, el momento inicial de la colonización propiamente tal, con su consiguiente desplazamiento de núcleos humanos desde las metrópolis hasta las nuevas tierras del "lejano

(34) Publicación detallada en la monografía que se menciona en la nota anterior. Sobre los avances informativos publicados, véase la nota 12.

oeste", debe pensarse que no es anterior al s. V, o como máximo en el siglo VI a. J. C.

VI. Sobre la Mauritania de Iuba II.

Los reyes mauritanos no han dejado casi testimonio histórico. De los dos únicos que podemos rehacer la biografía Iuba II y su hijo Ptolomeo, no pasamos, sin embargo, de los datos personales que afectan a sus figuras (35). Del estado del país que rigieron nada apenas se sabe.

Y por cierto que este aspecto presenta un matiz especial de interés para nosotros, pues se trata de aclarar en lo posible qué resultado dió el intento de protectorado romano que Augusto estableció sobre las Mauritánias a través de Iuba, a quien él hizo rey y guió durante su gestión.

Si dejamos aparte algunos elementos encontrados en Cherchel, la capital de esta efímera monarquía, establecida en la antigua Iol, que tomó el nuevo nombre de Cesárea, todo el resto es un vacío. Y, del mismo Cherchel, fuera de la notable colección de mármoles que hoy enriquecen su museo, y que en gran parte se cree pertenecían a la colección de Iuba, no tenemos otro dato que una serie del mismo tipo, la de los bronce de Volubilis, caso de aceptar la hipótesis de Carcopino. Como es bien conocido, este investigador intentó probar que Volubilis fué la capital del sector occidental del reino de Iuba, y atribuyó el famoso grupo de diversos bronce (cuya aparición en Marruecos era tan poco esperada que vino a causar una extraordinaria sorpresa) a una de las colecciones de Iuba (36). Pero nada se ha podido probar con seguridad a este respecto.

Aunque efectivamente fuera así, tanto el caso de Cherchel como el de Volubilis sirven de poco para penetrar en el estado del país, y no ilustran más que sobre el reducido espacio de la corte.

Faltaban elementos que permitieran calar más hondo, más allá del círculo áulico. Poder estudiar, por ejemplo, una ciudad normal de este tiempo. Cosa nada fácil dado que las de época romana cubren

(35) En este sentido es significativa la lectura de la parte correspondiente de la *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord*, donde Gsell resumió todos los conocimientos de la época sobre el tema: al lado de las biografías de Iuba II y Ptolomeo, bastante completas, puede observarse la vaguedad de las noticias generales sobre el país en esta época. Gsell da la bibliografía anterior más importante. Sobre Ptolomeo puede consultarse, además, J. CARCOPINO, *Le Maroc antique*, Paris, 1943, ps. 191-99.

(36) La tesis favorable a la colección real de Iuba fué presentada por CARCOPINO, *Ob. cit.*, p. 167 y ss. y referencia, con bibliografía, a la polémica que suscito en p. 190 y 309-310.

casi siempre sus restos, y los arqueólogos que han laborado en el N. de África han sido muy poco aficionados a los sondeos estratigráficos.

Representa, pues, una considerable novedad poder ofrecer hoy una ciudad de este tipo a los interesados en la investigación del África prerromana. Esta ciudad es Tamuda. Si bien es cierto que desde hace muchos años se excava en Tamuda, sólo desde los últimos se puede poseer una idea de conjunto de la ciudad, por haberse exhumado ya una parte suficiente.

No podemos entretenernos en dar antecedentes sobre ella, que, por otra parte, se hallan en diversas publicaciones que le han sido destinadas (37). Interesa aquí solamente el encuadre histórico dentro de este período. Porque, aunque fundada bastante antes, como uno de los centros comerciales de influencia cartaginesa en la costa próxima al Estrecho —sus orígenes quizá puedan remontarse al paso de los s. III-II—, el campo de ruinas y los objetos que la excavación nos ha devuelto son un reflejo de las últimas décadas de vida de la población, que fué destruida cuando la sublevación de Aedemon, después del asesinato de Ptolomeo por Calígula, y la entrada de las tropas romanas, en los años 40-42. Posteriormente sólo se edificó en su lugar un reducido *castellum* perteneciente al Bajo Imperio, por lo que se ha podido restituir en gran parte el conjunto de tiempo de Iuba II y Ptolomeo.

¿Qué nos indica Tamuda? Justamente por tratarse de un centro urbano importante, pero alejado de la acción personal del rey, puede ser de un valor precioso para ver lo que era una ciudad corriente del reino mauritano. Primera constatación: su magnífica urbanización. Planta de tipo helenístico, con amplias calles perpendiculares entre sí, muy bien trazadas, encuadrando bloques de viviendas formadas por cámaras de dimensiones reducidas, en las que no siempre es fácil identificar los límites de cada casa; no tienen atrio ni patio de ningún estilo. Destaca una gran plaza rectangular, probablemente centro de la vida económica de la ciudad. La calidad de los muros que dan al exterior es francamente notable.

El valor de Tamuda como ejemplo normal se acusa al constatar la falta de edificios públicos. Alguno debió existir, y es posible aparezca algún día de seguirse la exhumación. Pero con lo que se sabe en este momento parece puede tenerse la seguridad que no ocupaban una gran área y que no eran numerosos ni monumentales. Ello nos

(37) Aparte de lo citado en la nota 16, resumen posterior nuestro en *Estado actual de nuestros conocimientos sobre Tamuda y resultados de la campaña de 1948*, Arch. Esp. Arqueol., 1949, 86 y ss

confirma el carácter no oficial de Tamuda, por lo que su buen urbanismo y construcciones corrientes adquieren más relieve.

Segunda sorpresa: no existe casi recinto defensivo. Lo que puede identificarse como posibles restos de una muralla no presentan características de especial solidez en relación con el resto de los muros de las construcciones internas. Hay que hacer resaltar este hecho porque Tamuda se halla al pie de un abrupto macizo que representa el último contrafuerte de la región montañosa Rif-Gomara, que ha sido siempre difícil de dominar y de controlar. Es un síntoma muy significativo de una época de paz y de seguridad.

En efecto, todo en Tamuda nos confirma esta impresión. Apenas han aparecido armas. Queda claro que el nivel económico de sus habitantes era alto, dentro de lo que puede esperarse del país y de la época, claro esta. Aperos de labranza en abundancia nos indican que el factor agrícola pesaba en su vida, como no podía menos de suceder dada su situación en un valle con terrenos de aluvión, de cosecha fácil; las ánforas, frecuentísimas, demuestran que sus habitantes podían almacenar provisiones abundantes, y los numerosos molinos para cereales lo confirma. Por su puerto fluvial llegaban elementos exóticos, entre los que destaca por su frecuencia la cerámica campanense (aunque en gran parte no fabricada en Italia, sino imitaciones de alfarerías cuya situación se desconoce). Si se recuerda la rareza de los productos forasteros durante muy largas etapas de la vida de Marruecos, podrá valorarse este hecho, que, visto desde Europa, puede parecer como de lo más normal). También llegaban las vasijas de Arezzo en cantidad nada despreciable.

La relativa igualdad de las viviendas, pues faltan las casas que den sensación de riqueza, así como otras que se distingan por lo contrario, parece indicar un tipo de sociedad a base de pequeña propiedad y sin grandes diferencias económicas, lo que cuadra bien con la estructura de la sociedad bereber.

En conjunto, el caso de Tamuda sólo puede explicarse por la existencia de un periodo pacífico y abierto, que es exactamente el que corresponde al Mediterráneo en general en la época de Augusto y en particular en estas tierras por la influencia de Iuba II. Es el primer reflejo que tenemos a través de la arqueología, y por ello hemos incluido aquí unos párrafos para valorarlo como se merece.

VII. De la incorporación de Mauritania al Imperio.

Pero esta paz fué breve. Las experiencias de protectorado no acostumbran a durar mucho. En este caso la rompió Galígula al mandar asesinar a Ptolomeo, lo que llevó como consecuencia el paso al dominio romano directo, como una provincia más del Imperio.

Este paso no se hizo sin graves contratiempos. Conocíamos por los textos la sublevación del país contra los romanos, que dirigió Aedemon, un liberto influyente de la corte del rey asesinado (38). Pero hasta las excavaciones de Tamuda no se tenía ningún testimonio directo de lo dura que resultó esta lucha ni de las fatales consecuencias que tuvo. Ya hemos indicado que no sólo Tamuda fué arrasada, sino que desapareció por completo y no se conoce ningún núcleo habitado importante que viniera a substituirle en la misma comarca. Así Plinio podía referirse a esta ciudad en pasado, sin que diera noticia de otra en el valle del Martín (39).

Pero nuestras excavaciones en Lixus han demostrado que Tamuda no fué una víctima aislada. También las destrucciones son aquí bien patentes, a pesar de que lo que se ha podido explorar de los niveles de esta época es bien poco. Y si tenemos en cuenta que Lixus y Tamuda son las dos únicas ciudad del N. de Marruecos en las que se han realizado trabajos de excavación de envergadura, mientras que en las de zona francesa (Volubilis y Banasa) se han limitado a las capas imperiales, podemos deducir que la catástrofe fué muy general. Pues no sería normal suponer que justamente las dos que conocemos fueron las más afectadas.

Hay que advertir, no obstante, que es posible que ante la ocupación romana la reacción fuese distinta en el N. y en el S. de la provincia. Parece que Volubilis se mantuvo fiel a la causa de Roma (40), lo que puede explicarse por qué las poblaciones meridionales necesitaban un apoyo fuerte para hacer frente a los nómadas del Sur, que representaban un peligro terrible y constante para ellas, como se demuestra a lo largo de toda su historia. Mientras que las del litoral mediterráneo y de la parte septentrional del Atlántico no conocían este peligro lejano, y los romanos no tendrían otra categoría que la de invasor.

En todo caso, queda claro que en la parte que estudiamos fué preciso un cierto tiempo para que se procediera a su reconstrucción. Las buenas construcciones imperiales de Lixus, por ejemplo, son ya del siglo II d. J. C., y asimismo los restos que proporcionan las nuevas localidades que van apareciendo.

Con las naturales reservas, quizá podemos aventurarnos a distinguir tres grandes períodos en los territorios del norte de la Tingitana durante la ocupación latina. Uno de conquista y toma de

(38) Resumen de la guerra a través de las fuentes y de la epigraffa conocida en su época R. CAGNAT. *L'armée romaine d'Afrique...* París, 1913 p. 30-32.

(39) N. H., V, 18.

(40) Cf. la inscripción de Marco Valerio Severo en Cagnat-Merlin-Chatelain, *Inscriptions latines d'Afrique*, París, 1923, p. 186, núm. 634.

posesión, caracterizado por sus destrucciones iniciales y lenta recuperación posterior. Un segundo de plenitud, que dura aproximadamente siglo y medio, desde principios del II hasta la mitad del III, o sea la época de los Antoninios y Severos. Viene luego un corte brusco, del que hemos de tratar luego, provocado por muy duros acontecimientos. El tercero corresponde al Bajo Imperio, importante en la zona que estudiamos, que debió alcanzar una notable densidad de población como consecuencia del abandono oficial de los territorios del Marruecos central.

VIII. *La densidad de la colonización romana.*

Si hemos podido presentar muchas novedades por lo que se refiere a la época prerromana, las que vamos a esbozar en los apartados que siguen, correspondientes a Mauritania Tingitana como provincia romana, no serán menos.

La más visible, quizá, se refiere a la cantidad de poblaciones que se han conocido en estos últimos años, lo que da una densidad de mapa arqueológico romano que no se sospechaba. Ello obliga a cambiar algunos conceptos generales en boga respecto al carácter de la colonización.

Se refiere el primero a considerar la dominación romana en Marruecos desde el punto de vista exclusivamente militar. El segundo estriba en creer que los romanos no ocuparon en firme y de una manera total más que alguna zona del país, las próximas a la costa y las llanuras. Y por fin el tercero, que no es exclusivo de los estudios de Marruecos, sino muy extendido, consiste en partir de modo exclusivo de las fuentes clásicas para rehacer el aspecto del Marruecos romano.

Detengámonos un poco en cada caso. Respecto al primero, el origen de la creencia es vario, pero no le es extraño el hecho de que cuando se inició en los primeros tiempos del Protectorado el estudio sobre el terreno por autores españoles, se estaba en plena época de movimiento militar. Por ello los prospectores tenían la obsesión de ver fortines y lugares estratégicos en las ruinas que se iban conociendo. Claro que esta concepción cae por su base recordando que la ocupación romana duró en el N. de Marruecos cuatrocientos años. Y como la eficacia del ejército romano por nadie es puesta en duda, basta con esa simple mención para reconocer que tuvieron medios y tiempo suficiente para pacificar todo el territorio incluido dentro del *limes*. Las épocas que podríamos llamar de predominio militar no son más que dos: los primeros momentos de la ocupación y las proximidades de la caída del Imperio, cuando todo el edificio estatal

se tambaleaba dentro y fuera de Marruecos. Así, pues, más que lugares fortificados y emplazamientos de guarniciones, nos encontramos con ciudades y con explotaciones agrícolas e industriales.

La misma observación respecto a los cuatro siglos de dominio vale para el segundo punto, o sea la extensión de la colonización. Salta a la vista que si se pudieron crear ciudades florecientes en el llano era preciso controlar las gentes de la montaña, por lo menos los de la parte Norte, sede de tribus belicosas. Y para ello eran precisos algunos establecimientos.

Estas consideraciones nos llevan de la mano al tercer punto. Gran parte del error de enfoque que ha venido sufriendo la época romana el N. de Marruecos se debe haber tomado como base exclusiva de investigación los textos antiguos. Estos, en el estado en que han llegado hasta nosotros, no recogen más que una realidad parcial. El estudio arqueológico demuestra, cada vez con mayor fuerza, que existieron en el territorio que estudiamos muchos más centros urbanos que los mencionados en las fuentes. Las cuales no citan, en general, sino las de mayor importancia, y en cuanto a los itinerarios se limitan a lo que empleando el lenguaje actual llamaríamos poblaciones emplazadas sobre las carreteras de primer orden.

Una consecuencia se deduce: hay que ser muy cauto al querer identificar las ruinas que se van descubriendo con los nombres antiguos conocidos. Cuando tiempo atrás el número de restos de ciudades era escaso, no parecía presentar dificultad el repartir entre las de identificación no probada los nombres de las que no se conocían y cuya situación geográfica se les podía atribuir. Pero hoy las ruinas halladas son muchas y las vacilaciones de nomenclatura, por tanto, mayores. Así Tissot suponía Babba Campestris unas ruinas no lejanas de la frontera española; posteriormente, cuando se descubrieron las de Dar Chauí, Quintero apuntó la idea que podían ser la misma Babba. Como la sola referencia es que se hallaba a "40 millas de Lixus tierra adentro", hoy conocemos varias ruinas más a las que podríamos suponer Babba, además de las dos mencionadas.

Una consecuencia evidente se desprende de estas experiencias, cuya exposición podría, al ser expuesta con mayor detenimiento, ampliarse y presentarse de modo más categórico: sólo el estudio arqueológico del país, realizado detenida y sistemáticamente, puede llevarnos a un conocimiento de lo que fué el período romano, lo mismo que las restantes épocas antiguas. Igual en Marruecos que en otros países de fuentes clásicas pobres, la comprobación de los resultados obtenidos con este métodos y su comparación con lo que se sabía, produce una sensación de optimismo, de fe en la arqueología. Es un hecho que no por ya conocido conviene silenciar.

IX. La catástrofe del siglo III.

Lo que acabamos de escribir puede servir de exordio a las breves notas que vamos a dedicar a un acontecimiento fundamental, que está en la base de la decadencia del poder y de la influencia romana en la parte occidental del N. de Africa. Nos referimos a la gran convulsión de mediados del siglo III d. J. C.

Los textos casi nada nos dicen. Han sido las inscripciones halladas sobre el terreno y los vestigios de ciudades destruidas quienes han venido a informarnos. Es decir, elementos de índole estrictamente arqueológica (41).

Cuando ya se tenían datos demostrando que en la Cesariense había habido, entre 253 y 262, una fuerte convulsión provocada por sublevaciones indígenas Thouvenot dió el primer aviso para la Mauritania suponiendo que una lápida de Tamuda, en la que hay referencia a un ataque —rechazado— de los bárbaros, podía referirse a los francos, que, después de atravesar la Galla y la Hispania, atravesaron el Estrecho, según Aurelio Víctor (42). Posteriormente nuestras excavaciones de Lixus han demostrado, sin lugar a dudas, que la ciudad, o por lo menos su barrio más rico (del que conocemos dos grandes casas que han dado la mayor parte de objetos de arte —mosaicos y bronce— que poseamos de Lixus), fué saqueado e incendiado hacia esta época (43). Lo demuestran diversos elementos cronológicos, entre ellos dos monedas "in situ", de Alejandro Severo y Gordiano Pío. Por vez primera tuvimos, después de estos descubrimientos, la noción de la gravedad del acontecimiento en el extremo oeste de Africa.

El otoño último apareció una nueva confirmación. Se realizaban algunos sondeos de orientación en un yacimiento recientemente descubierto, Sular, unas extensas ruinas romanas en la parte baja de la cabila de Bení Arós, en las proximidades de la intervención del Arbaa del Alaxa. Pudo comprobarse que se trataba de los restos de una población extensa, que en el Bajo Imperio había sido sustituida

(41) Un primer esbozo de estos movimientos, sobre todo para la Cesariense en Cagnat, *L'armee...*, p. 292. Posteriormente, CARCOPINO, *L'insurrection de 253 d'après une inscription de Miliana*, Rev. Afric., 1919, ps. 368-383; THOUVENOT, *Rome et les barbares africains*, Publ. du Service des Antiquites du Maroc, VII (19), ps. 166-183; H. PAVES D'ESCURAT DOISY, *M. Corlelius Octavianus et les revoltes du troisième siècle d'après une inscription de Cesarea*, Libyca (Arch.-Epigr.) I (1953), p. 181-187. Asimismo: CHICHORIUS, *Gargilius Martialis und die Maurenkriege unter Gallienus*, Leipziger Studien, 1887, p. 319.

(42) *Rev. Et. Lat.*, XVI (1938).

(43) Primera noticia en ZEPHYRVS.

por un *castellum* de dimensiones similares al de Tamuda. En el lugar ocupado por la fortificación tardía se presentaba un estrato superior correspondiente a éste, e inmediatamente después apareció un tesoriillo, cerámica y otros vestigios correspondientes a la ciudad de época anterior, cuyas fechas conseguidas van desde el s. I d. J. C. hasta la fecha de escondrijo del tesoriillo. Este estaba compuesto por 22 grandes broncees y un medio bronce. Los que han resultado identificables por su estado de conservación son los siguientes: 3 de Adriano; 1 de Marco Aurelio; 1 de Comodo; 1 de uno de los últimos Antoninos; 6 de Alejandro Severo; 1 de Maximino Pío; 1 de su hijo Máximo César; 1 de Gordiano Pío. O sea que la mayor densidad corresponde a 222-244, mientras que los restantes que se han podido filiar pertenecen al siglo anterior. El momento en que fué escondido queda, pues, fijado como hacia fines del reinado de Gordiano III o algo después. El escondrijo se llevó a cabo, pues, con motivo de la misma convulsión que destruyó Lixus, y los temores que indujeron a realizarlo no eran vanos, puesto que también la ciudad que ocupaba el lugar donde se realizó, y que hoy denominamos Suiar, según el nombre indígena, pereció víctima de análoga catástrofe.

Quizá sea posible relacionar con estos dos datos la relativa abundancia de monedas del período señalado a Tabernae (mansión de la vía costera que de Tánger se dirigía hacia el Sur y que se halla, por tanto, en la misma región). Las excavaciones de Tabernae, efectuadas hacia ya años (1940), fueron llevadas de manera poco convincente y publicadas en forma muy breve (44). Se ignora la existencia de estratigrafía y únicamente quedó clara la presencia de un castro del estilo de los de Suiar y Tamuda. Pero no creemos muy aventurado suponer que debió haber una población anterior (la que cita el Itinerario de Antonino) destruída en las mismas fechas que sus vecinas, sobre la cual se edificaría el *castellum* pasado el momento de desorden de mediados del s. III. Esta destrucción podría ser atestiguada por esta estadística de monedas halladas en las excavaciones: aparte de las prerromanas, que no interesan aquí, tenemos: Trajano, 1; Adriano, 1; Marco Aurelio, 4; Comodo, 1; Alejandro Severo, Gordiano Pío, Filippo Hijo y Galieno, 1 de cada uno. Luego hay una interrupción, para llegar a Constantino, 9, y Teodosio, 1, que corresponden a la época del puesto militar.

Así, mientras la numismática de las destrucciones de Lixus nos daba la fecha de 238-244 (Gordiano Pío) y la de Suiar exactamente la misma, Tabernae indica la de 260-269 (Galieno), las tres perfec-

(44) C. L. DE MONTALBAN, *Ob. cit.* p. 15 y F. MATEU Y LLOPIS, *Monedas de Mauritania*, Madrid, 1949, p. 50.

tamente enlazables, y la última de ellas, además, también con la cita mencionada de Aurelio Víctor sobre el paso de los francos a la Tingitana.

No cabe duda ya, ante ello, del hecho. Pero si preguntarse si hay que atribuirlo a los indígenas o a las bandas invasoras de los germanos. O a ambas cosas a la vez, que quizá sea lo más probable.

Sobre que la revuelta indígena abarcó casi todas las provincias occidentales africanas no hay lugar a dudas, y los testimonios van aumentando. Pero asimismo es seguro que la invasión germana fué para la Península Ibérica más violenta y más extensa que lo que dejan suponer las fuentes. En un reciente trabajo nuestro (45) hemos recogido los testimonios arqueológicos peninsulares, sobre todo destrucciones y tesorillos, y hemos podido constatar cómo llega hasta el Sur. Un escondrijo de la Sierra de Cazorla, en la provincia de Jaén, demuestra que el pánico cundió también en Andalucía; y a través de la publicación, poco detallada, por desgracia, de las excavaciones de Baelo (Bolonía), en plena costa española del Estrecho (46), parece vislumbrarse que también allí se podrían observar las destrucciones inherentes a su paso si algún día se realizaran nuevos trabajos de comprobación llevados con técnica moderna.

Nada tendría de particular que la parte N. de la Tingitana se hubiera visto mayormente más afectada que las provincias vecinas por la conjunción de los dos movimientos: la sublevación bereber y la última oleada germánica.

X. *La retirada hacia el Norte y la distribución de las guarniciones durante el Bajo Imperio.*

La consecuencia más destacada de este grave estado de cosas, que no podía remediarse fácilmente dadas las condiciones deplorables en que se hallaba el Imperio en estos momentos, fué el abandono de una gran parte del territorio marroquí por parte del Estado romano.

El primer esbozo histórico de este repliegue lo formuló Carcopino, con su habitual sagacidad, tiempo atrás, y los descubrimientos posteriores tienden a darle la razón (47). Carcopino fijó el Lucus como nueva frontera meridional de la Tingitana, o sea que lo que quedó de la provincia vendría a corresponder con lo que es hoy la Zona

(45) Presentado como comunicación a la Sociedad Española de Estudios Clásicos. De próxima aparición.

(46) P. PARIS, BONSOR ECT., *Fouilles de Belo I*, París, 1923.

(47) *Ob. cit.*

española, descontado el Rif y el territorio internacional de Tánger (48).

Esta frontera no puede fijarse con seguridad. Pero el abandono del Marruecos central parece bien claro. La vida organizada desaparece en Volubilis y en Valentia Banasa en la segunda mitad del siglo III, conservándose sólo algún pequeño núcleo de población al margen de las defensas imperiales. Las series numismáticas son bien elocuentes en este sentido (49), y seguramente si se estudiara la cerámica hallada en la Zona francesa, daría resultado análogo. Todo lo contrario sucede en el Norte, donde se aprecia una evidente densidad de población, con nutridas series de monedas del siglo IV y cerámica estampada roja del mismo período, bien representada. Lixus, por ejemplo, reduce su perímetro, como es normal en todas partes en este momento, pero sigue en plena vitalidad; su único signo de decadencia, aparte de la contracción del área, es la falta de monumentos de categoría (50); pero su gran factoría de salazón de pescado sigue produciendo, y lo mismo hemos de ver en otras fábricas de esta industria de que nos hemos de ocupar en seguida.

El reparto de las guarniciones hace patente la nueva estructura provincial. Mientras durante el Alto Imperio hay al N. del Lucus muy pocas unidades militares, pues su misión básica es guardar el *limes* que discurre junto a Sala (Rabat-Salé), las del s. IV, conocidas por la lista de la *Notitia Dignitatum* (51), se centran en el Norte de la siguiente forma: cuatro en localidades conocidas desde hace mucho, Tamuco, que es Tamuda; Aulucos, corrupción de Ad Lucus, que equivale a Lixus; Tabernas, o sea Tabernae, y Friglas, que se ha identificado con Frigidæ (estación en la vía de Tingi a Ad Mercurios, que seguía la costa atlántica, un poco al Sur de la frontera que separa los dos actuales Protectorados). Otras tres no identificadas: Duga, Pacatiana y Castrabariensi; la última, sin duda, corrección de Babba Clampestris. Creemos tener las ruinas de dos de estos fortines, sin que podamos decir con seguridad cuáles son. Uno de estos nombres (Duga o Pacatiana) debió llevarlo el castrum situado sobre la carretera Tetuán-Tánger, conocido hoy por El Benian; nuestras recientes excavaciones han demostrado que se trata de un campo

(48) Al mismo tiempo se abría una nueva dirección político-administrativa, pues la que quedaba de la antigua provincia Tingitana, separada geográficamente ahora de los restantes territorios romanos africanos, pasaba a depender de Hispania, reuniendo así las tierras de ambos lados el estrecho de Gibraltar.

(49) CARCOPIÑO, *Ob. cit.*

(50) Otro caso demostrativo es el de Ad Mercuri, donde, a pesar de la pequeña área excavada, se aprecia perfectamente la pujanza que tuvo la ciudad en el Bajo Imperio: las monedas constantinianas, por ejemplo, son abundantísimas.

(51) *Notitia Dignitatum*, Occ. XXVI, ps. 177-178 (ed. Seack).

militar fortificado del Bajo Imperio (52). Otro debió estar en Suiar, cerca del Arbaa del Aíaxa, a que antes nos hemos referido; dado que el *castellum* se halla emplazado sobre los restos de una extensa población que tuvo larga vida, es tentador pensar en Babba Campestris (53). Por el momento, hay que dejarlo con un firme interrogante. Queda una tercera localización por identificar, Pacatiana o Duga, según El Benian sea una u otra.

Todo quedaría muy redondeado a no ser porque la octava guarnición estaba, según la *Notitia*, en Sala, o sea en el extremo sur de la provincia en su época de mayor extensión —actual Rabat—. Ello resulta absurdo, pues ¿cómo explicarse una tal concentración de fuerzas en el Norte sin la idea del repliegue, que todos los datos apoyan? Y si lo hubo realmente, ¿cómo se dejó una guarnición completamente aislada en el viejo *limes*, junto al mar? Se ha pensado en una solución: suponer la existencia de otra ciudad denominada Sala en el N. de Marruecos (54). Lo malo es que no hay la menor referencia a ella y que la inscripción del Museo de Tetuán con que se quiso apoyar esta tesis está tan borrada que no se lee el nombre de Sala con seguridad. Hoy por hoy, lo más justo es considerar que la cuestión sigue en pie, sin camino seguro de solución. El camino que vemos más factible es el hallazgo de otras dos ruinas de posiciones de esta época en la zona norte del país. Ahora tenemos seis; si aparecen las dos restantes será indudable que la Sala de la *Notitia* nada tiene que ver con su homónima que ha dado nombre a Salé.

La experiencia del campo nos ha demostrado que las ruinas de este tipo son fáciles de hallar, por ser las que mejor se conservan de todo el período romano, debido a su erección tardía. Y, por otra parte, consisten en recintos muy parecidos entre sí, por lo que su identificación no es dudosa. Dada la falta de exploración detenida de buena parte del país, puede esperarse su hallazgo con alguna probabilidad.

XI. La industria de salazón de pescado.

El vigor del territorio litoral nortemarroquí, durante el último período romano, queda patentizado en su potente industria de salazones.

Nueva sorpresa. Cuando nos hicimos cargo de las investigaciones

(52) M. TARRADELL. *El Benian, castellum romano entre Tetuán y Tánger, Tamuda I* (1953), ps. 302-309.

(53) Fué fundada por Augusto, como uno de los puestos romanos que ejercían el control del territorio antes de la incorporación al Imperio como provincia.

(54) CARCOPINO, *Ob. cit.*, p. 252.

en el Protectorado se ignoraba prácticamente todo lo concerniente a esta industria en el país. Hoy se conocen seis factorías.

Una de ellas, la de Lixus, había sido ya excavada mucho antes de 1948. Pero cuando no se le dió una interpretación errónea (silos, depósitos portuarios, incluso tenerías), se consideró un caso esporádico. Digamos de paso que es nada menos que la fábrica de salazones y *garum* mayor que se conoce en todo el mundo romano.

Hoy sabemos que el caso de Lixus no es una excepción, sino el más destacado testimonio de una riqueza que debió contar entre las principales del país. En la costa atlántica se conocen por el momento dos más: una en las marismas de la desembocadura del Tahadart —río que separa en su último trecho la zona tangerina de la española—, en la que no se han realizado todavía trabajos, pero se aprecian, entre otras construcciones indeterminadas, los bordes de las cubetas, recubiertas por la arena.

Más al norte, los servicios de la Administración internacional de Tánger están excavando unas ruinas situadas en la playa que se abre al sur del promontorio de Ras Achakar. Una factoría de este tipo ha sido ya exhumada, compuesta por un recinto con tres frentes de depósitos abiertos y una gran cisterna subterránea central.

En el centro del Estrecho, frente a la costa de Tarifa, al pasado verano hemos descubierto y sondeado otras dos. Una en la playa de Alcazarseguer, en las proximidades del conocido castillo portugués, y otra en la playa de Záhara, cuatro kilómetros al oeste del citado lugar. No es posible precisar la importancia de cada una de ellas sin una excavación completa; por el momento los trabajos se han limitado a lo suficiente para la identificación y cronología.

La sexta está en la costa mediterránea, a 20 kilómetros de Ceuta y en las proximidades de la desembocadura del Esmir, que desagua a 5 kilómetros del poblado de Rincón del Medik. Se halla también sobre una playa, denominada La Aguada, y los embates del mar parece la han destruído en gran parte. En todo caso, lo que se conserva, que se ha estudiado hace unas semanas, es poco.

En cuanto a la cronología, los resultados han sido coincidentes en todos los casos. Los restos fechables que acostumbra a dar —por lo general escasos— pertenecen en su totalidad al último período imperial, centrándose en el s. IV. Ello nos da su fecha final e indica que la producción siguió en auge hasta la caída del mundo antiguo, lo cual confirma el activo papel de la romanidad en el Norte de Marruecos hasta el fin del Imperio, en relación con las guarniciones que señalábamos en el apartado anterior.

En cambio, los hallazgos nada nos dicen sobre el inicio de esta industria. Su difusión en Occidente se atribuye a los cartagineses con bien fundadas razones, por lo cual hay que suponer que halla-

do no es más que el reflejo de la última fase de una producción que era entonces ya posiblemente varias veces centenaria. Por tratarse de instalaciones industriales, y por el mismo carácter de la construcción, es difícil hallar niveles anteriores. Los intentos en este sentido realizados en Lixus, Záhara, Alcazarseguer y La Aguada no han dado resultado. Debemos contentarnos, por el momento, con la suposición de su lejano origen, sin que se pueda comprobar si estas factorías tuvieron un precedente directo en el mismo lugar que ocupan.

La existencia de esta industria, que nadie sospechaba tan densa en Marruecos, es perfectamente lógica; basta recordar la riqueza pesquera de las aguas del Estrecho y del litoral atlántico africano y las numerosas instalaciones del mismo tipo que se conocen en la costa meridional peninsular.

Pero en las fuentes donde se hallan tantas menciones del *garum*, el silencio sobre la producción Tingitana es total. Siempre que se refieren a las occidentales aparece la hispánica como única. Un nuevo dato en contra los textos como base de la historia antigua de Marruecos.

XII. Un importante vestigio del cristianismo en la Tingitana.

No queremos cerrar este rápido balance sin dar cuenta de un elemento de gran interés para la primitiva historia del cristianismo en este país. Aquí no podremos hacer, como en los casos precedentes, una nueva aportación de conjunto, sino limitarnos a divulgar la existencia de una basílica en Lixus.

Aunque su descubrimiento no es reciente (55), sólo pocos investigadores conocen su presencia, por haber permanecido inédita (56). Cuando Thouvenot publicó su ensayo (57) sobre los restos cristianos en Mauritania, no pudo incorporarla por este motivo. Así, a los pobres datos amorosamente reunidos por el investigador francés, podemos añadir uno mucho más importante, la única basílica conocida en la Tingitana, modesta en sí, que en otros países más densos en monumentos de los primeros siglos del cristianismo quedaría como un ejemplar muy secundario, pero que situado en el extremo oeste de Africa adquiere especial significación.

(55) Fué descubierta en las excavaciones de Montalbán, hacia 1930.

(56) Estudiada por primera vez en una de nuestras comunicaciones al I Congreso Arqueológico del Marruecos español (Tetuán, 1953). En prensa dentro de las Actas del mismo.

(57) *Les origines chrétiennes en Maurétanie Tingitane*, Bull. Soc. Géographie et d'Archéologie de la province d'Oran. 1935, ps. 305 y ss.

Se trata de un edificio mediocre, tanto por sus dimensiones como por sus peculiaridades constructivas. Ocupa un espacio rectangular

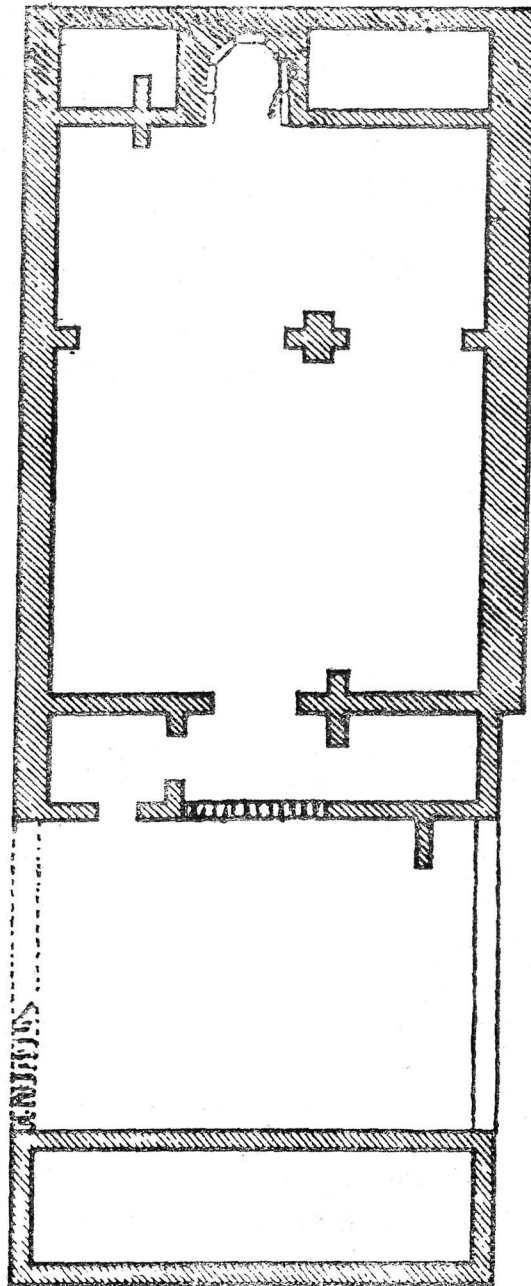


Fig. 6.—Planta de la basílica cristiana de Lixus.

de 30 metros por 10. Tiene atrio (que cubre a una cisterna subterránea), y que comunica a través de un pequeño nártex con el templo. Este es de tres naves; apenas se conserva una de las pilstras de separación. El ábside, poligonal, está inscrito en un rectán-

gulo que no se adelanta de la línea posterior externa del edificio. Todos los elementos constructivos son toscos y pobres; se notan los elementos reaprovechados, algunos procedentes del foro, que está junto a la basílica. Muy cerca de ésta se halla un posible baptisterio, pequeño edificio independiente, casi cuadrado y con ábside. Los sondeos realizados en su suelo para localizar los restos de la posible piscina no dieron resultado.

El conjunto es un nuevo ejemplar de la influencia siria en las

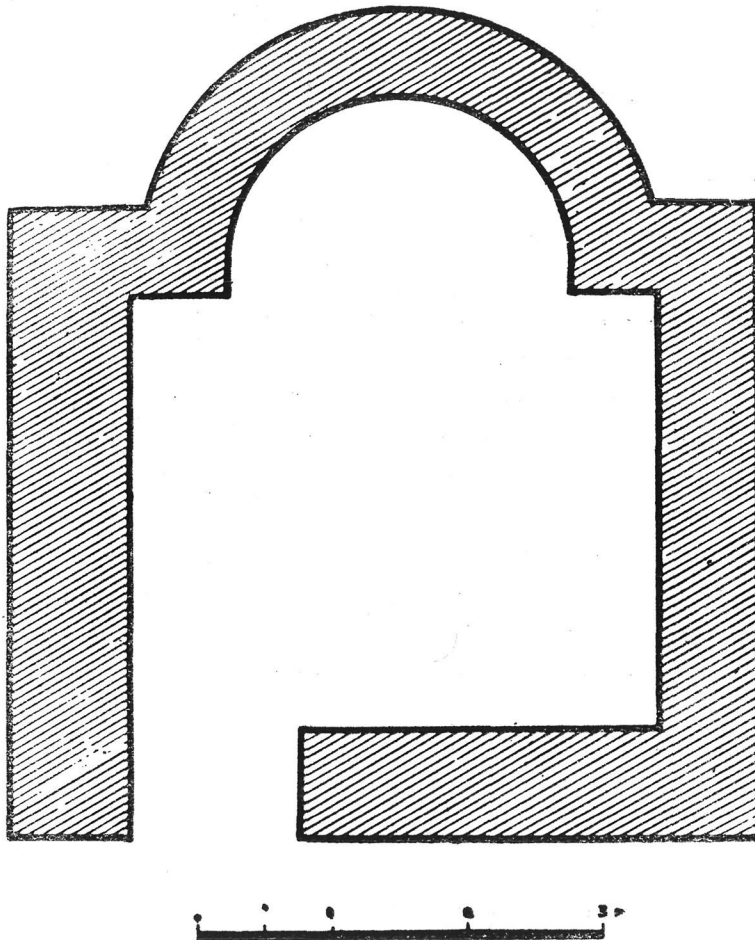


Fig. 7.—Planta del edificio próximo a la basílica, posible baptisterio.

construcciones cristianas del Africa del Norte, que tantas veces ha sido puesta de manifiesto.

Respecto a su fecha de erección, será difícil precisar, desconociéndose los pequeños materiales, siempre preciosos para la datación, que pudiera contener y que no fueron recogidos por su excavador. En principio podemos fijar como seguro el período comprendido entre los siglos III y VII. La comparación de su planta con los

templos sirios de Cheik Sleiman y Dar Kita (58), que nos dan su modelo, puede hacernos pensar que no es anterior al V, pues ambos fueron construidos en este siglo. Si lo suponemos de fines del V o del VI, será más fácil, por otra parte, comprender su modestia, pues constituye la época de la agonía de Lixus. Así esta basílica sería el testimonio de la presencia de un núcleo cristiano en el extremo de África, en un momento en que la romanidad se apagaba, y cuya existencia podría ponerse en relación hasta cierto punto con las inscripciones cristianas de Volubilis de los siglos VI-VII, perduración de uno de los legados del mundo romano, cuando ya la antigua provincia estaba en camino de barbarización, esperando el golpe mortal que a no tardar habían de asestarle los árabes.

XIII. Conclusión.

No estamos todavía en condiciones para escribir una historia antigua de Marruecos; así se han expresado dos de sus mejores conocedores en sendos ensayos de síntesis, Carcopino y Terrase. Faltan, en efecto, muchísimos datos y a largos e importantes períodos se puede aplicar el epíteto de *siglos oscuros* que E. F. Gautier dió a uno de ellos. Estamos en la fase de las monografías y de los estudios de regiones determinadas.

Para una de las más interesantes por su posición geográfica y por sus posibilidades de diversa índole, la del Norte, los últimos seis años de investigaciones, de los que aquí hemos intentado un somero balance, han representado un adelanto tan considerable que podemos tener fundadas esperanzas de que la mayor parte de los secretos que nos interesa desentrañar no esperan, para ser revelados, más que la continuación de esta labor y su incremento si es posible. Si en tan corto lapso de tiempo, y a pesar de las dificultades materiales que han impedido llevar a cabo trabajos en gran escala, han dado tanto fruto, tantos datos nuevos que permiten enfoques más aproximados de una serie de problemas, podemos confiar en el futuro, siempre que se mantenga la línea actual. No hay que hacerse excesivas ilusiones: estamos en los principios de una tarea larga. Pero la comparación de lo conseguido desde 1948 hasta la fecha, en relación con los setenta años anteriores, es más que significativa.

Algunos de estos resultados han sido fruto de la aplicación de modernas técnicas de la arqueología, varias de las cuales, como el sistema de sondeos estratigráficos sobre yacimientos de época desconocida y el estudio de las cerámicas romanas (campaniense y sigi-

(58) J. LASSUS, *Sanctuaires chrétiens de Syrie*, figs. 14 y 94, según H. C. BUTLER, *Early Churches in Syria, fourth to seven century*, Princeton, 1929.

llata), tenemos la satisfacción de haber empleado por vez primera de modo sistemático en el África Menor. Otros simplemente del incremento de las actividades. Y otros, por fin, de haber enfocado algunos de los problemas de esta región en conjunto con los del extremo meridional de la Península, puesto que en determinados momentos no hay duda que formaron una unidad histórica, aun al margen de las divisiones políticas.

Hemos pasado revista a ciertas cuestiones consideradas como capitales a las que podíamos aportar novedades de volumen. No parece necesario advertir que existen otras más que no pueden incluirse en el espacio de un artículo. Como ejemplo se puede citar la del alfabeto líbico occidental: de tres inscripciones conocidas antes de nuestras investigaciones hemos pasado a ocho, constituyendo hoy la colección del Museo Arqueológico de Tetuán la más numerosa, con mucho, de Marruecos.

Así podemos considerar en revisión todo el período antiguo, desde los albores de la historia en el momento de los primeros contactos de altas culturas con el Extremo Occidente, hasta el eclipse del dominio romano, con todos sus vaivenes de avances y crisis, influencias y reacciones, en un país cuyo pasado presenta muchas facetas de interés, no sólo para sí mismo, sino para las tierras vecinas de Europa y de África. País en el que la exhumación de su más antigua historia tiene un valor todavía mucho más emocionante que en otros, pues representa aproximarnos al testimonio de un esfuerzo para incorporarlo a nuestra civilización occidental.